

OPINIÓN POR RAMÓN DÍAZ

Futuro del Uruguay



La mayoría de las expectativas son de un porvenir mediocre, pensar en que cambie es pura ilusión



Qué clase de país está llamado a ser el Uruguay? He ahí una pregunta que puede responderse de muy diversas maneras. Una manera optimista de hacerlo pone la atención en la tasa de crecimiento del orden de 4% anual desde 2004. Si esa tendencia se mantuviera por, digamos, 15 años más, el ingreso real por cabeza se duplicaría, y el país sería irreconocible. Pero nuestra gente no se deja ganar por un sueño tal, que encuentra afín a un cuento de hadas. No es que los uruguayos crean a pie juntillas en la vigencia férrea de los ciclos económicos, de la cual no saben más allá de la imagen bíblica de los 7 años de vacas flacas tras otros tantos de vacas gordas, que ha oído recitar, y encima se deja orientar por su experiencia, vivida y escuchada desde la infancia, donde las vacas flacas superan claramente el empate a siete. Las gordas son, hoy en día, las que pacen en las praderas del mundo, pero los nuestros saben que las cosas buenas no duran y, por las dudas, 18.000 entre los más jóvenes emigraron ya en los inicios de este año de bonanza.

Otra opción optimista tiene su base en la historia. Hace mucho tiempo, pero no tanto como para perder pertinencia, entre —digamos— 1860 y 1875, nos entreverábamos con Inglaterra, Francia y Alemania, y andábamos muy cerca de los EEUU, el país más rico. Nosotros no éramos el país más rico, pero estábamos entre los más ricos. 20% por encima de Argentina y 4 veces el ingreso real por cabeza de Brasil. Comprensiblemente, era el país de la región que recibía más inmigrantes de Europa (datos de entre 1850 y 1912), en proporción a los habitantes, se sobreentiende, seguidos de cerca por Argentina, y muy lejos por el resto (principalmente, Brasil, México y Venezuela). Ese liderazgo oriental, ¿cómo se explica? Sencillamente, los inmigrantes venían porque en Uruguay podían hacer la América y esto era posible porque los inmigrantes venían, trabajaban, ahorran e invertían. Otra manera de decirlo: no venían a naturalizarse y conseguirse un empleo público; eran mucho más ambiciosos. La jubilación se la financiaban ellos mismos, con sus ahorros. No había Semana de Turismo y las licencias eran exiguas. Había otro rubro de explicación. El gobierno no se metía en la economía, a no ser la del Estado, y esa es una receta para el desarrollo económico que rara vez falla. Esto se opone frontalmente a la ideología socialista, de ahí que los historiadores de ese sector, fieles a la doctrina y voluntariamente ciegos a la realidad, proclaman que el país era un territorio salvaje hasta que los militares pusieron orden en la materia, a partir de 1875, con Latorrre. Algo estrictamente opuesto a la verdad. ¿Mentira, entonces? Claro que sí, pero debemos ser comprensibles: si dijeran la verdad se quedarían sin empleos, y tendrían que deslomarse como los inmigrantes de otrora. ¡Con el calor que hace en verano!

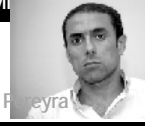
La mayoría de las expectativas son de un porvenir mediocre. Esa medianía es un dato, por lo cual pensar en que cambie espontáneamen-

te es pura ilusión. Lo que se puede conseguir, con algo de astucia y nada de principios, es una tajada mayor de la torta inmutable. Arrimarse al partido que va a ganar las elecciones y al sindicato del ámbito de trabajo en que a cada uno le haya tocado estar, mientras no consiguiera un puesto público. Pero después de conseguirlo, igualmente arrimarse al sindicato, que en el sector público operan aproximadamente como en el privado, y consiguen pingües salarios, en el presupuesto quinquenal y en las rendiciones de cuentas de los años intermedios, que sólo dejaron de suscitar presiones hacia más alza salarial en la imaginación de ocasionales constituyentes.

En lo internacional, los uruguayos mantienen el mismo enfoque. La cuestión es quiénes son los que han de regalarnos mercados más succulentos. La idea de que los mercados se conquistan, en vez de recibirlos en donación, es ignoto en nuestro medio. El TLC con los EEUU no, porque iban a sacarnos más de lo que nos daban. El acuerdo con Chile sí, porque nos van a ceder parte de lo que los yanquis van a entregarles (lo que viene a representar la aceptación de las sobras del banquete que habíamos declinado). El tema del Mercosur es central en este terreno. Argentina y Brasil están entre los países más cerrados al comercio mundial, y por ello ambos han frustrado el enorme potencial de crecimiento que poseen. A Brasil se suele reconocerle gran potencia industrial, pero al hacerlo se pasa por alto las enormes áreas de tremenda pobreza que reina en una enorme área subdesarrollada en su región noreste, que no lleva miras de superar, y Argentina parece aproximarse al borde del abismo económico, como consecuencia de su caos político, concretado en una sucesión de pésimos gobiernos, a la cual es difícil imaginarle una solución. A este conjunto de desastres (presumo que la asociación con Paraguay es neutra) se agrega recientemente el rey de la insania, Hugo Chávez; dañino en cualquier caso, pero que ahora, por razones que honran a nuestro presidente, se muestra enemigo de Uruguay. Contra toda razón, nuestra ciudadanía se aferra a su permanencia en el Mercosur, que ciertamente obstaculiza su desarrollo, encima de haber rehusado la oferta norteamericana de un TLC. ¿Cómo cambiar esta actitud antes de que sea demasiado tarde?

De los más distinguidos líderes políticos suele oírse la opinión de que, ciertamente, la permanencia en el Mercosur es inconveniente para el desarrollo del país, pero que los uruguayos no están psíquicamente preparados para abandonar lo que conciben como la protección de los países mayores de la región. Pero para mí hay algo claro: si, en lugar de luchar por encaminarlos por la ruta que pueda conducir al progreso, nos contentamos con interpretar las debilidades de un país que arrastra un siglo largo de frustraciones, entonces, como diría Dante, "abandonada toda esperanza". Si Churchill, al asumir el poder, se hubiese dedicado a contemplar el comprensible pesimismo de su gente, en lugar de inculcarles heroísmo, Hitler habría dominado el mundo.

COLUMNISTA

Por
Gabriel Pereyra

QUE ARDAN LAS BANDERAS PERO NO LA LIBERTAD

El ex edil Jorge Zabalza suele defender posturas que revelan una visión de la vida arcaica, violenta y conservadora. Pero hasta el más opaco puede tener su día de lucidez, y así fue que esta semana Zabalza hizo a todos los uruguayos un poco más libres. Así de monumental, aunque no suene, como podría hacerlo un fusil de esos que usaba Zabalza en sus épocas de bandolero. Ante las cámaras de canal 4, el ex tupamaro quemó una bandera de Estados Unidos. ¿Lo hizo para que —como político que es— su nombre destaque? ¿Quiere liderar la minoritaria izquierda radical? ¿Importa por qué lo hizo? Lo hizo, y dejó en evidencia a la Justicia, y al sistema todo. Unos días antes la jueza Aida Vera había empezado a investigar a un hombre porque quemó una pequeña bandera estadounidense de papel. Este ciudadano no podría perder su libertad! porque así lo dice una ley que tiene más de 60 años. Ante la actitud de Zabalza, la jueza Fanny Canessa tomó el caso, pero se lo pasó a la jueza Vera, bajo la absurda premisa de que ambas banderas quemadas eran parte de un mismo caso, aunque una ardió un día en la calle, y la otra otro día y en canal 4. Con esa lógica, Vera se convertiría en la jueza que deberá juzgar todos los casos de banderas yanquis que ardan de aquí en más. Vera se lo sacó de encima y se lo devolvió a Canessa. Es un signo de sanidad que a los jueces les quemó la idea de mandar preso a alguien por incendiar un trapo. En el país parece que hay quienes empezaron a darse cuenta que lo que se debe quemar son algunas leyes. Y por eso, en ámbitos cercanos al poder, hay muchos preocupados por eliminar el delito de abuso de funciones, por el que fueron a la cárcel varios ex jefes, y varios más pueden ir presos. Deberían ampliar esa visión crítica que ahora tienen del Derecho Penal, y cuestionarse, por ejemplo, cómo es posible que en estos días un trabajador sin antecedentes haya ido preso por tener en su casa una pequeña planta de marihuana. Parecemos el talibán. Y después de lo de Zabalza, los que mandan quizás puedan aprovechar este furor abolicionista, y definir qué bienes nos interesa proteger más, si las banderas o la libertad. (gpereyra@observador.com.uy)